

P. Francisco Javier Anaut Sanz, M.SS.CC.

Garde (Navarra), 6 de febrero de 1938 - † Valencia, 30 de enero de 2024.

El P. Javier nació en Garde (Navarra) el 6 de febrero de 1938. Sus padres, Pedro y Fermina, católicos convencidos, lo llevaron a bautizar a los pocos días de su nacimiento, como era común por aquellos entonces. En la visita pastoral de día 25 de agosto de 1944, realizada por el obispo de Pamplona, P. Marcelino Olaechea Loizaga, salesiano, fue confirmado, también como era normal, y ajustado a la doctrina sobre los sacramentos de iniciación.



Fruto de una de las muchas misiones populares que los Misioneros de los Sagrados Corazones predicaron en Navarra, una de ellas en Garde, en la cual intervino el P. Bartomeu Matheu, Javier, con Pedro M^a Aznárez y su hermano José, y tal vez otros, ingresó en el «Seminario Misional» de Artajona. Cursado el tercer año de Humanidades, él, José Aznárez, Josep Alcocer y Baldomero Muro pasaron a la Escuela Apostólica de Lluc, para continuar su formación. Pedro M^a Aznárez, J. Alcocer y B. Muro profesaron en la Congregación y fueron ordenados. El P. Aznárez pasó largos años en Argentina, donde falleció, y el P. Alcocer estuvo algún tiempo en Rep. Dominicana, si bien su destino fue mucho más largo en Puerto Rico, donde falleció. El P. Baldomero fue muchos años profesor en el Colegio Obispo Perelló de Madrid y en el de Sant Pere Pasqual de Valencia. J. Aznárez dejó el noviciado y, años más tarde, con la madre y familia emigró a Buenos Aires, donde mantuvieron muy buenas relaciones con la Congregación.

Después del quinto curso, admitido por el P. Superior General, Gaspar Munar Oliver, Javier vistió el hábito de la Congregación en La Real (Mallorca), el día 24 de septiembre de 1954, fiesta de la Virgen de la Merced. En esta fiesta, a menudo se iniciaba el Noviciado, y emitió sus primeros votos el 26 del mismo mes al año siguiente, regresando al *Santuari de la Mare de Déu de Lluc*, donde hacía alrededor de una docena de años la Congregación había establecido el Escolasticado.

El primero de octubre de 1955 inició el primer año de los tres de Filosofía. Esta materia se estudiaba en latín, como después ocurría con la Teología, Teología Moral, Derecho Canónico, etc. El Escolar (E.) Fco. Javier Anaut no era en absoluto un espíritu especulativo; pero entre un adiestramiento en el uso del latín, muy aprendido en Artajona, y horas de estudio diario en la propia celda, a la luz de unas bombillas de baja tensión, como eran las de Lluc, alimentadas por el motor de la hospedería, o por la turbina sobre el valle de Aubarca, salíamos más o menos airosos en la declamación de la tesis escolástica que cada día podía ser preguntada por el profesor. Y alguno de estos era muy remirado en que se pronunciara en latín. Eso sí, para nada este lenguaje se parecía al de San Agustín, y menos al de Cicerón.

En setiembre de 1958 inició, con el E. Melcior Fullama Riera, en la Escuela Apostólica de Lluc su año de docencia, como se había establecido no hacía mucho. O sea, cuando acabábamos la filosofía se interrumpía la formación, para ir a uno de los colegios o escuelas apostólicas -añadamos la de La Gleva en la diócesis de Vic (Barcelona)-. En este año, además de las clases, que podían ser hasta cinco al día, en Lluc se ayudaba al Preceptor, a guardar a los *blauets* y apostólicos. Por testimonio reciente de alguno de estos antiguos alumnos, puedo acreditar que el E. Anaut dejó un buen recuerdo, de profesor cumplidor, atento y cercano.

Después de emprender el primero de los cuatro años del ciclo de Teología, iniciado en octubre de 1959, la vida iba pidiendo una progresiva y definitiva incorporación a la Congregación misionera, que tuvo lugar día 9 de septiembre de 1961, cuando pronunció la profesión perpetua.

Progresivamente entró en la clerecía, con la tonsura, a la cual seguían las llamadas órdenes menores, de ostiario, exorcista, lectorado y acolitado, a las cuales seguían el subdiaconado y el diaconado, previos a la ordenación presbiteral, que se celebró en Palma, día 30 de marzo de 1963.

Una vez que concluyó el cuarto año de Teología, fue destinado por el nuevo Superior General, P. Miquel Gual, a Artajona, donde ejerció de Preceptor en la Escuela Apostólica, o «Seminario Misional».

Ésta muy exigente tarea de cuidar de la disciplina y de todo lo referente a la vida y salud de los niños se prolongó hasta que fue destinado a Rwanda en el año 1972. Pasó por un tiempo de aprendizaje del francés en Bélgica, experiencia que él describía con enorme naturalidad, tapizándola con anécdotas de las poco imaginables ocurrencias que quien aprende un idioma suelta con disparatada normalidad, como muchos nos hemos despachado.

Pasó a Rwanda, donde inició su tarea con un período de aprendizaje del idioma, kinyarwanda, una lengua bantú, que para los de habla románica o germánica presenta una estructura muy diferente de la conocida. También el aprendizaje se extendía, como es lógico e irrenunciable, a una introducción a la historia y costumbres del país, descolonizado por Bélgica una docena de años antes. Ya en Lluc había escuchado lo que significaba la adaptación misionera, tanto en cuanto a la lengua, como a las costumbres del país donde se ejercerá la misión, huyendo del colonialismo y del clericalismo, que no respetan al pueblo, sino que escuchan al Estado o a los propios intereses.

En la mañana del día 30 de enero de 2024 murió en la Comunidad de Misioneros de los SS. Corazones de Valencia, en vísperas de cumplir los 86 años de edad.

«Qualis vita, finis ita»

Este adagio latino, cuyo origen desconozco, me parece muy pertinente al recordar el fallecimiento del P. Javier Anaut. Una traducción de este dicho antiguo podría ser: «Tal cual ha sido la vida de una personal, su final será igual».

El P. Anaut ha pasado su vida en tres ambientes diversos. Uno, el de la infancia, formación y primeros años de ministerio. El segundo en Rwanda, y el tercero en María Medianera de Valencia. Ha sido una vida de extremada sencillez y de sonrisa, de modo que ha ido

cerrando su vida bromeando cuando, cayendo en la calle, reclama que se dejen de ambulancias y le trajeran el pie ortopédico que se le había perdido. Murió como vivió. En su despedida en el tanatorio una fotografía con su gesto sonriente al tiempo que bendecía, deja este mensaje de cordialidad. Misionero de los Sagrados Corazones repartiendo corazón, sonrisa, palabras de aliento. La atracción que irradian los Corazones de Jesús y de María impregnó su vida, e hizo de él un hombre con corazón para todos, especialmente para los pequeños.

A lo largo de los cerca de 22 años que pasó en Rwanda, su espontaneidad y cercanía le abría las puertas. Fue con él que en enero de 1979 una familia nos abrió la entrada a su casita, con su seto protector de la entrada de fieras, de trazado tradicional, circular, con un tronco alto que articulaba la cubierta de hojas de vegetales.

«Estuve enfermo y me visitaste»

Entonces la Congregación atendía la inmensa parroquia de Kiziguro, y la que se desmembró de la misma, de Rukara, ambas al noreste de la diócesis de Kibungo, en el sur del país. Posteriormente se creó al norte la diócesis de Byumba, que englobó Kiziguro.

Los Misioneros de los SS. Corazones, a los diez años de su presencia en Rwanda, se plantearon abrirse a la incorporación de vocaciones africanas. Y así, después de unos pasos iniciales, con el Prenoviciado en Rukara, se construyó un Noviciado en la diócesis del sur, limítrofe con Burundi, en Butare.

El P. Javier Anaut dedicó su misión a la pastoral evangelizadora y celebrativa de Kiziguro y Rukara, hasta que los terribles acontecimientos de primavera de 1994 llevaron a una guerra civil, de manera que fuerzas internacionales, concretamente belgas e italianas, desalojaron a los misioneros de Kiziguro y Rukara, con lo cual el P. Javier Anaut, el día 10 de abril estaba en España. En una entrevista se manifestó en estos términos: “Ese día puedo decir que ha sido mi segundo nacimiento porque si nos hubiéramos quedado nos habrían matado”. No podemos precisar el número de víctimas de aquella matanza horrible, en la cual perecieron cientos de miles de las dos etnias principales del país, hutus y tutsi.

Después de unos meses de situación provisional, la Congregación decidió abrir una casa en Camerún, para que los africanos volvieran a tener un suelo en su continente. Pero para esta etapa la misión envió al P. Javier a la parroquia de María Medianera de Valencia, donde ejerció el ministerio presbiteral durante casi 30 años.

Pero hemos de volver a la trayectoria misionera del P. Anaut. Una de las tareas diarias que se impuso el P. Javier fue la de visitar a los enfermos del hospital de Kiziguro. Lo construyó la Congregación, a partir de un legado testamentario. Fue primero un dispensario y luego un hospital para una zona extensa de la región. Un paso muy decisivo se dio cuando se confió su gestión al Instituto Secular *Vita et Pax*, que lo mimaron y sirvieron hasta 1994. La presencia de unas diez señoritas de este instituto en el tanatorio y en la misa exequial del P. Anaut ha sido una muestra más del reconocimiento de su bondad, apertura y compañía. Hasta la salida del país, en abril de 1994, los juntó en el vehículo que los llevó al aeropuerto. Que *Vita et Pax* sirviera a los enfermos de las colinas, y que los Misioneros de los Sdos. Corazones, en concreto el P. Javier, los visitaran por amor y solidaridad, pertenece al encuentro con Jesús, descrito por él mismo en el capítulo 25 de San Mateo: «Estuve enfermo

y me visitaste». Que estos enfermos sean de los pequeños de este mundo es absolutamente incuestionable. Por supuesto, Jesús, presente en estos enfermos le ha regalado al P. Javier unos hermanos misioneros ruandeses, alguno que ya conoció en su infancia, y que le han acompañado en estos años de ancianidad. Es aquello del ciento por uno evangélico.

Sonreír y bromear con los jóvenes ruandeses era un ejercicio de cercanía del P. Javier al pueblo, especialmente a los jóvenes. El P. Javier a menudo estaba en el portal de la Iglesia, adjunto a la casa parroquial, y saludaba e interpeleaba a mucha gente, que en Rwanda es omnipresente y deambulante de manera incansable e ininterrumpida. Recuerdo perfectamente como a unos y otros les contaba chascarrillos, que provocaban la risa a los muchachos, y el P. Anaut soltaba una carcajada y solía decir: «¿Ves los dientes “profiden”?», recordando la publicidad de una pasta dentífrica de la televisión española de aquellos años.

La confianza que tenían en él sus hermanos misioneros se manifestaba de muchas maneras, entre las que destacamos que diversas veces en que fuera propuesto para que desempeñara el oficio de Administrador y también de Superior Delegado del Superior General. Tengo recuerdos directos de que el P. Javier se ganó esta confianza por su sentido comunitario. Hay misioneros que lo descubren en la ancianidad. Bien, pero tener presente que Dios es comunidad, que Jesús hizo que sus discípulos fueran doce y que estuvieran con él, no es para un tiempo. Los testimonios de la comunidad apostólica son patentes, y por ahí anduvo el P. Anaut. No obligó a los hermanos misioneros a llevar vida solitaria, y se lo agradecieron. La comunidad es de por sí evangelizadora, y construirla es repetir la acción de Jesús.

La administración económica siempre es importante. En aquellas circunstancias debía atender a las necesidades de la vida diaria, a los vehículos y su mantenimiento, cuando en Rwanda había pocas gasolineras y menos talleres de reparación y atención. Las casas, escuelas, iglesias, catecumenados, viajes, etc., y la atención a los pobres, infinitos, corrían a cargo de la Congregación, que para atender a tantas necesidades y retos creó la Procura de Misiones, completada por la más reciente Fundación Concordia Solidaria, reconocida como una ONG para el desarrollo. Ambas obras canalizan la ayuda a la obra social de los Misioneros de los SS. Corazones, que pertenece a la evangelización por las obras, aspecto esencial en el ministerio de Jesús, recordado por los dos de Emaús como hombre poderoso en obras y palabras.

Si el P. Anaut mereció estos reconocimientos de la feligresía y de sus hermanos misioneros, diremos que el obispo de Kibungo, Joseph Sibomana, también mostró su simpatía por el P. Javier, y ambos sabían intercambiarse ocurrencias e ironías. Además, podemos recordar dos detalles. Uno, que cuando el obispo, que tenía confiada la pastoral castrense, pasaba por Kiziguro, para disponerse a acudir a un centro militar, próximo al parque nacional de Akagera, en el lugar de Gabiro, llamaba al P. Javier para que fuera su asistente público, cuando le rendían los honores militares.

Y algo que el obispo expresaba a menudo, y que afectaba al P. Anaut, era que éste y otros misioneros pasaban de ser superiores o párrocos, a no ejercer estos servicios, y no pasaba nada. No contaba subir o bajar. También sucedía que al otro trienio aquel que había dejado de ser Delegado volvía a ser elegido. Ese cambio, normal en los institutos religiosos, llamaba la atención al obispo que, con sorpresa y admiración, reiteraba su comentario.

Treinta años en el dintel de la parroquia de «María Medianera» de Valencia

Aquella vida misionera en Rwanda fue truncada por una horrible guerra urdida por los militares en el extranjero, con el apoyo de los países anglosajones, sobre todo, mientras Francia y Bélgica daban su soporte a la dictadura establecida. El P. Javier, si no le entendí mal, nunca hablaba de estar en Rwanda de por vida; pero tampoco ponía término a este servicio que, es nuestra sospecha, se hubiera prolongado si los intereses de la anglofonía y la francofonía no se hubieran enfrentado con las armas, para controlar Rwanda, país pequeño pero sumamente estratégico, fronterizo con el Congo, país inmenso e inmensamente rico en minerales estratégicos. Claro, no sólo los soldados rwandeses murieron, sino que algunos centenares de miles de ciudadanos fueron asesinados. Crimen que avergüenza y ensucia a la humanidad.

Así, en 1994 el P. Fco. Javier Anaut fue enviado a la misión en la parroquia de María Medianera de Valencia, cuyos feligreses son inmigrantes de los más diversos países. La misa exequial reunió a tantas personas de orígenes diversos. Una madre de familia que reside en otra ciudad manifestaba que el P. Javier la había acogido cuando era joven, en los primeros años después de su llegada, y se había confirmado gracias a él. Y tenía el gozo de acompañarle en su despedida, con su hijo ya adolescente, bautizado por el mismo P. Javier. En las horas de tanatorio pasaron diversas familias con semejante historia dura, que las condujo a encontrarse con un misionero de corazón sonriente.

Ese vivir acogiendo a los inmigrantes culminó en su enfermedad y muerte, como se celebró que para tantas personas el P. Javier hubiera sido un consejero próximo, atento, oyente. Probablemente hubiera prorrumpido en carcajada si hubiera escuchado que le agradecían su cercanía como sabio consejero. Es que lo de sabio a menudo va unido a libresco; y el P. Javier no era persona de papeles. Era hombre que se preparaba, pero no para impartir lecciones, sino para compartir manera de vivir dignamente.

Para esto tanto en Kiziguro y Rukara como en María Medianera él fue párroco con vocación de pastor. En este aspecto fue un eslabón más de la cadena de párrocos y vicarios misioneros con corazón, que entienden a Jesús que manifiesta que su yugo es suave y su carga ligera. No levantan obstáculos sino que brindan disponibilidad.

Claro que en la puerta de la parroquia está escrito el horario y los días de oficina parroquial. Es un requisito imprescindible. Pero este horario no es dominante. Lo primero son las personas, su presencia. El misionero es un pastor, disponible a todas horas. No es un funcionario. Los funcionarios han de tener el horario marcado, si quieren ser eficaces. Pero su profesión digna no es la de un pastor católico. El pastor impone el horario, porque no es un profesional sino un servidor. Sale al encuentro o espera disponible. Repito: así hemos conocido extraordinarios párrocos y misioneros en la Congregación. Además eran fidelísimos a los horarios parroquiales y comunitarios. Conocían el pueblo de Dios, y a cada persona por su nombre. En visitas que realicé a María Medianera hace años, de lejos ya le divisaba apoyado en el dintel de la puerta de la parroquia. Como en Rukara.

Si la gente acudió a su misa exequial a una hora incómoda, como las 15 horas del pasado miércoles, es porque él se hizo años y años en contradicción con el pueblo de Dios en todo momento. Era pastor que conocía a las ovejas de Cristo, y las llamaba por su nombre.

La misma misa exequial nos habló de cómo había sido párroco el P. Javier: había dejado espacio en el sencillo edificio parroquial para los jóvenes, con el grupo *Junior*, al que hasta no hace mucho se arriesgaba a acompañar en los campamentos de verano. Si hace años las parroquias eran el hogar de grupos juveniles, hoy las que los siguen teniendo son tan numerosas como un mirlo blanco.

En una parroquia tan popular como María Medianera la promoción de *Caritas* y su labor solidaria es patente, y hasta llegó a ser noticia en la prensa. El amor expresado en Jesús eucaristía se hace pan, compañía, medicina, aliento para sus preferidos. Ellos son presencia viva, rastreable, suya.

Si el P. Francisco Javier Anaut en Rwanda y en Valencia estaba en el dintel de la puerta, siempre disponible, para sonreír a las personas, para salir a su encuentro, antes de que le llamaran, en su despedida todos le recordamos sencillo, bromista, cercano y sonriente pastor. Muchas personas le devolvieron su sonrisa con las lágrimas de reconocimiento agradecido. Fue un pastor, un padre con corazón, a la medida de los corazones de Jesús y de María.

Monestir de La Real, fiesta de la Presentación del Señor de 2024.

P. Josep Amengual i Batle, M. SS. CC.